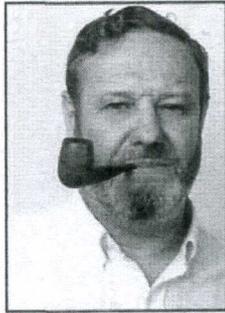


El debate



José Luis Balbín

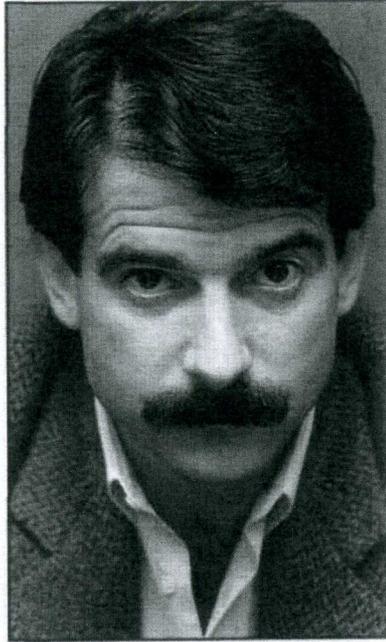
zan la sinceridad y la transparencia, las mejores, casi las únicas, armas que funcionan en televisión, aquello se agiganta que da gloria y sobreviene uno de esos apasionantes debates que escasean incluso

cuando se dispone de medios.

Allí estaban el brillante solitario **Antonio García Trevijano** (por el que, cada vez que aparece en pantalla, hay que atender centenares de llamadas incitándole a crear un partido político), el no menos solitario periodista **Pablo Sebastián** (que tanto cabrea a tantos, por su pasión incontenible de independencia, bien adobada con un bagaje formativo poco frecuente en la profesión), el médico y también periodista **Antonio Guerra** (que de amigo y biógrafo de **Felipe González**, amén de director de "El Socialista", órgano del partido, ha pasado a ser sencillamente creíble para sus adversarios ideológicos sin dejar de ser socialista: ésa es la clave) y **Pedro J.**, cuyo impulso editorial periodístico todavía sobrevive a la política de tierra quemada

en los medios de comunicación. Estaban políticos igualmente atípicos, como el ex secretario general de UCD y varias veces ministro **Iñigo Cavero** (uno de los escasos que ha sido materialmente generoso con la política, en lugar de abusar de ella), **Rafael Calvo** (de competencia y honestidad no menos reconocidas que la dificultad para afrontar las divisiones internas en el segundo partido de **Suárez**, que parece tener más entusiastas electores que elegidos), el ex presidente del PP **Hernández Mancha** (quien tanto ha ganado desde su marginación partidaria) y **Gerardo Iglesias**, uno de los pocos que ha dado ejemplo y sigue pensando más o menos como antes. (Yo, que también pienso como antes, me temo que eso pueda ser un defecto si no se sabe evolucionar hasta cambiar de opinión a favor de la razón, pero resulta virtud si es contra la ambición, la vanidad y el bolsillo).

Y, efectivamente, la buena gente de la calle y de su casa comparte estos criterios. El debate ha llegado a tener el sesenta y cinco por ciento de audiencia, lo que, en la actual concurrencia televisiva, es incluso excepcional. Bien es cierto que la base de espectadores es limitada a ciertas horas clandestinas de la madrugada, pero uno sólo puede hacer cestos con los mimbres que le están permitidos. Y, por otra parte, el impacto, la fuerza del debate es aún mucho mayor. Es en momentos como éste cuando uno queda tranquilo con su conciencia y con su terquedad... para no pasar por tantas trampas... y por el aro.



Rafael Calvo Ortega (a la izquierda) y Gerardo Iglesias, ambos políticos atípicos para el director de "La Clave", programa en el que intervinieron.

Faltaban un par de fichajes para la alineación ideal, pero el casi estaba conseguido ya. Quienes hacemos "La Clave" sabemos que cuatro quintas partes del éxito de cada programa dependen —como el triunfo en las batallas— de los preparativos. El combate propiamente dicho es decisivo, pero su resultado se puede prever en buena medida. A veces se producen sorpresas, menos para bien que para mal: algún habitualmente buen polemista se queda callado, acomete largos discursos o —si se trata de cuestiones gremiales o corporativas, sobre todo entre políticos— cae en la pequeña casuística mezquina. Pero cuando todos van al fondo de la cuestión, evitan el pequeño discursito electorero y utili-